

sentimiento de su propio pasado, entendiéndolo éste como la experiencia de las diferentes clases trabajadoras británicas; por ello, considera que el partido no se puede convertir en un instrumento para adquirir y usar el poder, sino que debe tener en cuenta su propia vida, la realidad en que vive y la experiencia, que debe ser aprovechada y tenida en cuenta. Al examinar la igualdad considera que el sentido que le debe dar el partido se centra en conseguir la igualdad entre la clase trabajadora y entre el pueblo. En cuanto al problema de la planificación, muestra el cambio habido en el partido desde la segunda guerra mundial y las diferentes discusiones internas planteadas entre los partidarios del control centralizado y los partidarios de la participación.

En la tercera y última parte del libro (capítulos 5 y 6) discute y analiza los diferentes dilemas que han afrontado los laboristas y los que tendrán que afrontar en la próxima década. El profesor Drucker llega a la conclusión de que en estos momentos, en que muchas de las doctrinas socialistas han sido desacreditadas y donde muchas de las peticiones y aspiraciones de la clase trabajadora han sido suavizadas, debido no sólo a la experiencia de gobierno, sino también al papel de las clases medias dentro del partido, la incorporación y entronque de la doctrina y el ethos en la ideología laborista es un paso primordial y necesario.

El libro concluye con un apéndice cronológico de eventos más importantes ocurridos en el Partido Laborista desde 1900 a 1977 y de una muy amplia bibliografía dividida en temas.

Todo ello nos lleva a concluir esta reseña del libro del doctor Drucker señalando que sus ideas y conclusiones pueden ser criticadas, desde ambos lados del espectro político, pero, sin embargo, pone en manos de los historiadores y especialistas en la materia una valiente y completa revisión de la ideología del Partido Laborista, que revitalizará la base y estructura de este partido y de la que muchos grupos políticos se sienten tan necesitados.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES

CASTILLO, Juan José: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España. (La Confederación Nacional Católico-Agraria, 1917-1942.)* Servicio de Publicaciones Agrarias. Secretaría Técnica del Ministerio de Agricultura. Madrid, 1979, 552 pp.

En la ya abundante obra de J. J. Castillo sobre este tema, *Propietarios muy pobres...* viene a llenar el hueco que comenzó a notarse con más ansiedad una vez que el mismo autor, hace ahora un par de años, nos permitió disfrutar con la lectura de *El sindicalismo amarillo en España* (Edicusa, Madrid, 1977).

Esta obra que ahora se comenta, perfectamente historiada en las páginas de presentación por su propio autor, fue una tesis doctoral dirigida por el profesor Pierre Vilar y presentada, para la obtención del grado de doctor, en la Universidad de París, I (Panthéon-Sorbone).

Como P. Vilar indica en el prólogo a la obra, uno de los grandes atractivos del presente trabajo es el valor que en el mismo se da a la cronología y al reparto de hechos en el espacio —el papel del historiador—, y el contraste que supone el fallo de los católicos en la solución del problema andaluz frente al éxito de la «fórmula del sindicato-cooperativa» entre los *propietarios muy pobres* de Castilla.

Dos archivos privados, el del padre Sisinio Mevares y el de don Antonio Monedero, son los hilos conductores de esta investigación, que además ha tenido en cuenta todos los datos posibles del Archivo Histórico Nacional, de los Archi-

vos Nacionales y de Asuntos Exteriores de París, junto con los del Círculo Católico Obrero de Burgos y el de la Cooperativa Comarcal de Villalón de Campos (Valladolid). Todos ellos quedan perfectamente reflejados en el amplio aparato crítico a pie de página, lo mismo que la amplia bibliografía utilizada, cuya relación compone, junto con la referencia a las fuentes, el capítulo IV y último de la obra.

En el capítulo II, titulado «Antecedentes», se sitúa en 1906, con la publicación de la Ley de Sindicatos Agrícolas, el inicio del Sindicalismo Católico Agrario en España, con un límite en 1912 cuando el P. S. Nevares y Monedero se convierten en motores de la sindicación agraria castellana (p. 88).

Aquella primera ley de sindicación agraria recibida con entusiasmo por los católicos supondrá la mejor base legal para una concepción sindical ajena y enemiga de la lucha de clases, preocupada por la solución a la cuestión social imbuyéndola de inspiración religiosa, de acuerdo con la afirmación que el propio autor retoma de I. Arroyo: «Cuanto más religioso sea un pueblo, menos gravedad tendrá la cuestión social» (p. 88). Una acción sindical, finalmente, que de hecho se constituye como opción cooperativista según consta, desde el artículo primero, en sus objetivos fundacionales: adquisición de aperos, máquinas y ejemplares reproductores; adquisición de abonos, plantas y semillas; venta, elaboración y mejora de productos agrícolas o ganaderos; roturación de tierras incultas; remedios a plagas del campo; instituciones de mutualidad y seguro; estudio y defensa de intereses agrícolas, etc., todo un programa donde descuellan significativamente tanto el esfuerzo contrarrevolucionario frente a las opciones socialistas como una especie de sistema para paliar los efectos en la agricultura del desarrollo capitalista.

Esto se traduciría en lo que va a constituir, a pesar de excepciones minoritarias, la fisonomía del sindicato católico: un sindicalismo *mixto*, de obreros y patronos, nacido de la «unión de clases y de la paz social» (p. 79), o *simple*, sólo cuando los obreros agrícolas son mayoría frente a patronos poco cristianos o asentistas. En definitiva, no se piensa o no se llega a otra cosa que a una sindicación de «pequeños campesinos», «propietarios muy pobres», cuya fundamental ventaja, según concluye el autor secundado el juicio de García Venero, fue evitar su proletarianización.

Bajo estas consignas y con estas bases va a nacer la Confederación Católica Agraria de Castilla la Vieja y León (28 de mayo de 1914), buscando la respuesta a una alternativa distinta a la planteada por socialistas entre los obreros de industrias y minas (p. 90-91). De esta Confederación surgirá, en 1915 (13-14 de abril), la Confederación Nacional Católico-Agraria (CNCA), más aparente que real en muchos lugares, como efecto de una organización forzada desde arriba en los años que se suceden hasta 1921, precisamente los de máxima conflictividad agrícola y campesina en general (cap. III).

El capítulo IV de la obra, titulado como una de las obras del líder del sindicalismo católico agrario, don Antonio Monedero, «Los principios básicos de la CNCA», insiste en «las prácticas ideológicas» capaces de convertirse en «fuerza social» de la Institución (pp. 155-156). En este sentido, y para sintetizar, el autor concreta así:

1. Crear *Casas del Trabajo*, como réplica y contrapeso a las *Casas del Pueblo* socialistas.
2. Ofrecimiento a sus asociados de dos tipos de ventajas: económicas y morales.
3. La propaganda y la agitación católica se convierten en elementos indispensables para la existencia de la Confederación.
4. Sindicación de obreros del campo, aunque fuese en sindicatos puros.

5. Creación de muchos pequeños propietarios (pp. 229 y ss.).
6. Crear y difundir una organización «confesional» y «apolítica».
7. El fin último será siempre la lucha contra el socialismo.

La Confederación, en palabras del autor (p. 262), quería «salvar al país, defendiendo de la revolución a los campesinos». El apoliticismo que se comenta suponía siempre por supuesto la oposición radical al marxismo.

Entre 1921 y 1936, según se estudia en el capítulo V, la Confederación lucha por su implantación, por conservar los objetivos adquiridos y acceder a otros nuevos. Los cuadros y gráficos (pp. 294-299, 308, 331-335) confirman esta marcha y justifican este esfuerzo aun en contra de las disensiones que en la Junta Nacional anidan mientras tanto; pero la llegada de la Dictadura supuso un respiro, descanso y hasta entusiasmo gráficamente demostrado en la visita que el Consejo directivo de la misma realiza para entregar a Primo de Rivera un escrito de adhesión a «la magna obra de saneamiento y regeneración de España» (p. 340). Miembros de la Confederación pasarán a ocupar puestos en gobiernos civiles, diputaciones y ayuntamientos, con la posterior y justificación de «respeto a la autoridad constituida», al poder de hecho, como vía para la creación del orden, hasta la conversión del *hecho* en *derecho*. Es curioso que a los miembros de los sindicatos católicos se les recomiende el ingreso, a título individual, en la Unión Patriótica (p. 344), hasta tal punto que la coincidencia entre cargos directivos de la CNCA y de la Unión Patriótica es normal en un crecido número de provincias.

Lógicamente y a pesar del «apoliticismo y acatamiento al régimen» (p. 363) como poder de hecho, la República en sus primeros años se convierte en «tiempo de sobresalto» para los católicos agrarios, a pesar de la amplia representación que la Confederación va a lograr también en los organismos estatales republicanos.

El capítulo VI analiza, finalmente, la doble opción tras la guerra civil para la organización y encuadre de las clases trabajadoras: católico-sociales frente a falangistas, con supuesto triunfo de los últimos, aunque de hecho y rápidamente dejarían diferenciarse a nivel real unos y otros.

J. J. Castillo, finalmente, no se conforma con una acumulación de datos y documentos, con una comprensión y explicación del pasado; ni siquiera con la imbricación del pasado en el presente, y viceversa, en busca de una historia integral. Su condición de sociólogo y su preocupación sociopolítica y, por qué no, ética en el sentido más honesto de la palabra, le llevan a una conclusión amplia, sugestiva, práctica, destructora tanto de tópicos como de las ideologías prácticas que los crearon y los mantienen: buscar y entender la *práctica* de los propios campesinos como única forma de *explicar* sus logros y fracasos.

Al lector tocará luego —el autor ya lo hace aquí— aportar activamente desde unos datos objetivos y comprensibles, explicaciones, juicios y direcciones para una actividad sociopolítica campesina y rural, posiblemente oscura por desconocida, y aparentemente poco gratificante.

José SÁNCHEZ JIMÉNEZ

GAUDIO, Attilio: *Le Dossier du Sahara Occidental*. Nouvelles Editions Latines. Paris, 1978, 462 pp.

Etnólogo, historiador, gran viajero, periodista, Attilio Gaudio es un excelente conocedor del mundo árabe y del Africa negra, a las cuales ha dedicado una